

Pierre Teilhard de Chardin

## Esquema de un universo personal\*

(Traducción de Luis Oyarzún)

1. *Introducción: La significación de la persona.* Pudiera parecer que, en su esfuerzo por comprender, el mundo del pensamiento humano colectivo hubiera alcanzado una especie de punto muerto. En las avanzadas de la ciencia, existe ya acuerdo definitivo para reconocer que nos encontramos cogidos en un Universo en evolución. Hacia atrás y hacia adelante de nosotros, cada realidad se propaga indefinidamente. Nadie cuyo pensamiento sea digno de ser tomado en cuenta duda ya de que en este incesante devenir se manifiesta una de las condiciones más objetivas y generales de la experiencia.

Pero, ¿tiene este devenir un sentido? ¿Es esta evolución dirigida? . . . En este punto, con la mayor sinceridad del mundo, los espíritus vacilan y, como sabuesos que han perdido la pista, giran sin poder avanzar, o, más aún, renuncian a continuar la cacería. “No, verosímilmente no vamos hacia ninguna parte. O, si vamos a alguna parte, nos es imposible adivinarlo, por falta de referencias. Todo se agita y nada avanza”. Así habla una buena mitad de las personas más inteligentes que yo conozca.

Las páginas que siguen representan un esfuerzo por atravesar la barra sin recurrir indebidamente a ninguna filosofía. Nos encontramos frente a un problema de la naturaleza: descubrir, si es que existe, el sentido de la evolución. Se trata de resolverlo sin abandonar el dominio de los hechos científicos. En eso consistirá mi tarea.

Como punto de partida a esta tentativa, elegiré una vez más la hipótesis, fuertemente sugerida por todos los resultados de la biología, de que la conciencia no ha cesado nunca de crecer a través de los seres vivos, y que la forma reflexiva, personal, alcanzada por ella en el hombre, es la más característica que le conozcamos. En esto, tendré que decirlo otra vez, no introduzco ningún juicio de valor absoluto. No trato de saber si un ser más *consciente* es *absolutamente* mejor que un ser menos consciente. Me limito a registrar que lo más consciente —es decir, lo más reflexivo, lo mejor centrado— sucede históricamente a lo menos centrado, lo menos reflexivo, lo menos consciente. Parece haber un *viento de espíritu* registrable a través del mundo. ¿Cómo establecer definitivamente este hecho que, bien demostrado, nos daría la prueba buscada de un movimiento definido del Universo?

\* Traducción completa de un texto inédito del autor (N. de la R.).

Al aceptarlo, responderé, y al averiguar si, llevado hasta sus últimas consecuencias, concuerda con el Universo que nos circunda. La física no conoce otro criterio que este éxito, para juzgar de la verdad de sus desarrollos.

Lo que me propongo, pues, finalmente, en este ensayo, es construir una figura del mundo físico en torno de la persona humana escogida como elemento significativo de todo el sistema. Si admitimos que la mónada reflexiva representa la *mallá* del Cosmos, ¿qué estructura y qué porvenir tendremos que atribuir a éste? Es esto lo que trataré de descubrir.

En el camino, me preocuparé sólo de ir lógicamente hasta el fin de las relaciones orgánicas que se descubren, justamente para ver lo que sucede, más o menos como se construye en geometría. Y el éxito de conjunto decidirá. Si el edificio no se termina en sí mismo, o si contradice a una parte de la experiencia, será porque la hipótesis inicial era mala y deberá ser abandonada. Pero si, por el contrario, llega a encerrar y armonizar el mundo en un grado más alto, entonces podremos concluir que, admitiendo un sentido espiritual a la evolución, nos hemos acercado a la verdad.

*La verdad* no es otra cosa que la coherencia total del Universo con respecto a cada punto de sí mismo. ¿Por qué poner en duda o subestimar esta coherencia porque somos nosotros mismos el observador? Se opone sin cesar no sé qué ilusión antropocéntrica a no sé qué realidad objetiva. Esta distinción no existe. La verdad del hombre es la verdad del Universo para el hombre, es decir, la Verdad, simplemente.

*Don't chat but try*, no parloteemos, probemos. Dejemos las discusiones vanas, y veamos, como verdaderos positivistas, si el Universo se nos hace coherente, en sus elementos y en su masa, cuando tratamos de prolongarlo siguiendo la línea de creciente personalización, en el sentido indicado por la flecha humana.

## 2. *La formación de la persona*

Una primera ventaja que se descubre al analizar, y después al construir el Cosmos por medio de la persona humana escogida como unidad, es que su pasado adquiere inmediatamente figura natural. Dondequiera que nos situemos en un paisaje, se ve que los objetos se disponen radialmente en torno nuestro. Pero hay también para el observador ciertos puntos privilegiados desde los cuales una cierta organización de los lugares, si es que existe, se descubre con nitidez particular: una encrucijada

en un bosque bien plantado, el eje de un pliegue en una cadena de montañas. Fuera de tal punto, todo es confuso. En tal punto, todo se hace claro. Así se descubren y se agrupan las grandes líneas del Universo si se las mira a partir del ser pensante con el cual, sin haberlo buscado, llegamos a coincidir. No sólo a partir del hombre, como a partir de todo ser vivo, los elementos del mundo se distribuyen concéntricamente —lo cual es una propiedad esencial del tiempo y del espacio. Aún más, en torno suyo, revelan una estructura concéntrica, lo que no puede suceder sino en un nudo del Universo.

Tal es, en efecto, la perspectiva que nos impone poco a poco la distribución metódica, en los diversos planos y los diversos azimuts del pasado, de los seres que nos han precedido. Así como la polvareda de las estrellas, correctamente situada sobre la bóveda celeste, adquiere hoy, ante los ojos de los astrónomos, la forma de inmensas espirales en movimiento, así también, esa miríada de seres que llamamos la Vida, tiende a disponerse según una ley muy simple de concentración psíquica, que culmina, en el instante presente del mundo, en el hombre. A partir del hombre, volviendo a descender hacia los orígenes, la conciencia parece desligarse, difundirse, hasta llegar a ser inaprehensible. Hacia el hombre, remontando el eje del tiempo, se despierta la espontaneidad, se organiza y finalmente se refleja sobre sí misma emergiendo en lo *personal*.

No describiré una vez más este proceso cuya objetividad, aún discutida por muchos —por puro hábito mecanicista, según parece— me resulta tan evidente como la mayoría de las grandes hipótesis corrientemente aceptadas por la ciencia moderna. Lo que toca directamente a mi tema, es el preguntar lo que este hecho experimental nos sugiere en cuanto a la textura profunda de la *Trama del Universo*.

En un primer análisis, la condensación de la realidad cósmica en personalidad humana parece delatar una ley de formación universal. Por razones de utilidad y de método perfectamente legítimas, la física se ha dedicado sobre todo a seguir los fenómenos en el sentido en que ellos se descomponen, o se atomizan. El hecho evolutivo viene a recordarnos que el movimiento principal de lo real es una síntesis, en el curso de la cual lo plural se manifiesta bajo formas más y más complejas y organizadas, pues cada grado ulterior en la unificación se acompaña de un crecimiento de conciencia interna y de libertad. En el seno de la duración concreta, la multiplicidad indiferente e inerte no existe. Hay, sin duda, secundariamente, cenizas muertas. Pero por sí, originalmente, el polvo, en todos sus grados, es un índice de vida que nace. Un primer múltiple seguido de una primera unificación: en todas las etapas sucesi-

vas de la conciencia, una pluralidad nueva que se reconstituye para permitir una más alta síntesis: así puede expresarse la ley de recurrencia que nos gobierna.

Para traducir esta condición general de nuestra experiencia, se podría decir que el Universo se nos presenta como afectado por una curvatura convergente hacia la cual tiende gradualmente la substancia de todas las cosas. Mas, para comprender precisamente en qué consiste esta curvatura del medio que nos rodea, será necesario que partamos de nosotros mismos, y que averiguemos lo que significa la ley de concentración universal, aplicada al análisis de nuestra propia personalidad.

Desde que el pensamiento existe, los hombres no han cesado de asombrarse y de querellarse sobre la coexistencia y las oposiciones del espíritu y de la materia. Pluralidad y unidad: problema único al cual se reducen, en el fondo, toda la física, toda la filosofía y toda la religión. Parece que en nuestros días nos acercamos hacia una solución que consiste, así como sucede siempre en el caso de las paradojas más irritantes—como la de la libertad—, en reconocer que el problema estaba mal planteado y que, en realidad, no existe. No hay antinomia, en efecto, entre lo uno y lo múltiple, si se miran las cosas como subsistiendo en un flujo de personalización, sino simplemente dos fases—o más exactamente dos sentidos— de la misma realidad que se mueve en torno nuestro. Espíritu y materia se contradicen si se los aísla o simboliza bajo forma de nociones abstractas, fijas y, por lo demás, irrealizables: pluralidad pura y simplicidad pura. *In natura rerum*, el uno es inseparable de la otra, ni puede darse sin la otra, por la sencilla razón de que aparece esencialmente tras una síntesis de aquélla. Ningún espíritu—ni siquiera Dios en los límites de nuestra experiencia— existe, ni podría existir por definición, sin un múltiple asociado con él, así como no puede darse un centro sin su esfera o su circunferencia. No hay, concretamente, materia y espíritu: existe sólo una materia que llega a ser espíritu. No hay en el mundo ni espíritu ni materia: la Trama del Universo es el espíritu-materia. Sólo esta substancia podría originar a la molécula humana.

Yo sé muy bien que esta idea de un Espíritu-Materia es considerada como un monstruo híbrido, que escamotea verbalmente una dualidad que sigue sin resolverse en los términos. Sin embargo, estoy convencido de que las objeciones suscitadas contra ella provienen justamente del hecho de que son pocos los que se deciden a abandonar un punto de vista antiguo para arriesgarse con una noción nueva. Tal fue el caso de los primeros geómetras rebelándose ante la idea de inconmensurables, porque la realidad se les aparecía ligada a la forma de magnitudes numera-

bles. Así ocurre también a los biólogos o a los filósofos, que no llegan a concebir una Biósfera o una Noósfera, porque no quieren renunciar a una cierta concepción estrecha del individuo.

Y, sin embargo, hay que dar este paso. Pues, en verdad, lo espiritual puro es tan impensable como lo material puro. Así como, en cierto sentido, el punto geométrico no existe, pues hay tantos puntos estructuralmente diferentes cuantos métodos hay para engendrarlos a partir de diversas figuras —centro de una esfera, vértice de un cono, focos de una elipse, etc.—, así todo espíritu recibe su realidad y su naturaleza de un tipo particular de síntesis universal. Por *puro* que sea y mientras más puro sea, corona y expresa una génesis. Mientras más se eleva un ser en la duración, más recoge en sí, en su ángulo sólido, una mayor complejidad más íntimamente unificada. La realidad del Espíritu-Materia se traduce inevitablemente y se confirma en una *estructura del Espíritu*<sup>1</sup>.

Estructura no quiere decir *corruptibilidad*. Parece que la imposible noción de *espíritu puro* nació del deseo de poner a *las almas* al abrigo de una muerte que parecía inevitablemente ligada a la *composición*. Pues bien, ello no es sino una manifestación más de la impotencia inherente a toda figuración estática para traducir el Universo. En una perspectiva inmovilista, es posible que la agregación de elementos en una unidad traiga consigo necesariamente, tarde o temprano, para esta unidad, la disgregación. No sucede lo mismo en el seno de un Cosmos visto como polarizado hacia una siempre creciente concentración de sí mismo. Tal Cosmos, por complejo que sea, no es susceptible de descomposición mientras no se invierta la flecha del tiempo. La incorruptibilidad no se nos aparece ya ligada a la simplicidad, sino simplemente a la *irreversibilidad*.

Que la personalización del Universo, llegada en este momento con nosotros mismos al estadio humano, sea por naturaleza irreversible, es lo que vamos a reconocer pronto, grado por grado, a medida que nuestro análisis descubra las condiciones de coherencia interna especiales a un Universo personal. Así se verá salvaguardada, al mismo tiempo que unida a una física intelegible, la *inalterabilidad* de la Persona tan justamente defendida por los espiritualismos antiguos.

Aquí, con el doble fin de preparar un elemento esencial a esta demostración y de dar un complemento necesario a la exposición que precede, debemos agregar un último rasgo: la ley de recurrencia fundamental, por la que, después de muchos otros, pensamos distinguir la verda-

<sup>1</sup> Se podría decir que esta estructura es la *naturaleza* que la *persona* viene a centrar.

dera figura del Universo. Para el mundo, dijimos, avanzar en la duración, es progresar en concentración psíquica. En semejante movimiento se expresa la continuidad de la evolución. Pero a lo largo de esta continuidad misma, pueden y deben producirse discontinuidades. Pues ninguna magnitud física que conozcamos puede crecer indefinidamente. Siempre, en un momento dado, ella encuentra alguno de estos puntos críticos en que cambia de condición.

La persona humana parece, por su aparición sobre la tierra, marcar uno de esos cambios de estado. Antes de ella, en la medida en que podemos juzgar, no había sino *esbozos de personas*, o aún, tomando a la Vida en su punto más lejano, sino esbozos de individuos, en la naturaleza. ¿Dónde situar la unidad —hasta ese punto es difusa— en la planta o en la madrepora? Pero después, gradualmente, a medida que pasa el tiempo, los ensayos se regularizan. Las asociaciones de células se anudan en grupos más precisos. Se delinearán movimientos y reacciones de conjunto. En los animales superiores, el psiquismo llega ya al borde de la personalidad. Y, sin embargo, aun en el mono más inteligente, una propiedad fundamental falta todavía: la posibilidad, para la conciencia, de replegarse sobre sí misma. La reflexión, este paso brusco y total de lo difuso a lo puntiforme, marca y define el advenimiento de un estado de conciencia absolutamente nuevo. Con ella, emerge el pensamiento, y la vida *hominizada* adquiere por segunda vez posesión de la tierra.

Antes del hombre, la lenta maduración, a través de frágiles individualidades, de un *estado de personalidad*. En el hombre, a través de un punto crítico, la primera aparición de la unidad, de la *molécula personal* acabada.

Aquí se detienen para nosotros las enseñanzas de la historia. Si queremos ahora cercar el horizonte, tenemos que volvernos hacia el porvenir. La persona nos ha ayudado a comprender la estructura del mundo que nos lleva y nos rodea. ¿En qué medida define al Universo que tenemos por delante?

### 3. *Las prolongaciones de la Persona*

En la misma medida en que la molécula personal se analiza fácilmente, al revés del eje de los tiempos, en elementos siempre más difusos de personalidad, parece a primera vista refractaria a más altas síntesis. Por la misma virtud de su génesis por concentración, el espíritu tiende a replegarse sobre sí. ¿No marca entonces el estadio de la reflexión, en que la conciencia llega a coincidir con el fondo de sí misma, para el mecanismo de la personalización, un límite imposible de superar?

Toda clase de índices podrían hacernos creer que con la hominización, la evolución de la vida ha alcanzado efectivamente el término natural de sus progresos terrestres. Mientras más avanza el individuo pensante en su propio pensamiento, más se hace, en apariencia, impermeable a los otros, aprisionado en su propio éxito. El hombre, por el hecho mismo de que se individualiza, parece hacerse incomunicable e incomprensible para los otros hombres que lo rodean. Y entonces le sucede no percibir ya otra salida a la necesidad de comunión universal que a pesar de todo lo trabaja, que la vuelta hacia atrás, la reinmersión inconsciente en la multitud: "Señor, Tú me has hecho poderoso y solitario. Déjame dormirme con el sueño de la tierra".

Una especie de desmigajamiento, de granulación en mónadas neutralizadas las unas para las otras, tal sería entonces la transformación sufrida por la Trama del Universo, una vez alcanzado el último estadio de su evolución. La llamarada del mundo terminaría actualmente, en nosotros y en torno nuestro, en un chisporroteo de relámpagos. La evolución culminaría desparramándose. Así piensan o actúan todos aquéllos que ponen el precio de la existencia en el valor único del instante presente.

No cabe duda de que el nacimiento de centros reflexivos representa, para la vida que los engendra, un período peligroso. Por vértigo intelectual, o por embriaguez de libertad, las moléculas personales no pueden escapar a la tentación del egoísmo, es decir, de la autonomía. ¿No consiste la sabiduría en apegarse a lo que se tiene? O, aún, ¿no consiste el deber esencial en perfeccionar en el fondo de sí mismo la individualidad de que estamos encargados? ¿Cómo adivinaríamos, por lo demás, si existe más allá de nosotros una posibilidad de sobrevivencia en una unidad más alta y durable? ¿Dispersión prudente en la autonomía? ¿O bien, convergencia aún y a todo precio? ¿Dónde está la verdad?

Para salir de esta indeterminación vital en que la evolución se halla detenida en nosotros mismos, no veo otro medio, dentro de la hipótesis que inspira estas líneas, que analizar aún más la textura del ser que nos constituye. Una de dos. O bien, en la persona humana las fibras de la Trama de la Vida se enrollan sobre sí mismas, *sin trascender*, lo cual significa que somos en verdad células terminales con las que llega para el Universo el instante de la dispersión. O bien, por el contrario, a través del nudo formado por nuestra individualidad, estas mismas fibras se prolongan para ir hacia alguna parte, más lejos, lo que probaría que para seguir siendo auténticos —es decir, coherentes con el mundo—, deberíamos tratar de realizar juntos alguna síntesis ulterior.

La respuesta de los hechos a esta pregunta no parece dudosa. No, las líneas del Universo no se repliegan en curvas cerradas en el fondo de nuestro ser. Su madeja no se mantiene, hasta en la unidad de nuestro yo, sino por vinculación con el futuro. He ahí lo que me parece establecido por la experiencia universal de la humanidad. Si estuviera el mundo maduro en nuestras almas, deberíamos hallar en nuestra plenitud el equilibrio y el reposo. Podríamos encerrarnos en nosotros mismos. Pues bien, ocurre justamente lo contrario. Nos escapamos constantemente de nosotros mismos en el propio esfuerzo que realizamos por poseerlos. Lo que amamos finalmente en nuestra persona es siempre *otro* que va delante de nosotros. Somos incompletos, inconclusos. *Debe*, pues, haber una salida en el fondo de este callejón en donde pareciera que el mecanismo de la personalización nos hubiera aprisionado. La multitud humana, no es, a pesar de las repulsiones que la atraviesan, una pluralidad divergente, sino un múltiple destinado a sufrir una vez más la operación sintética de la vida. Por estructura, el Universo continúa ciertamente más allá de nosotros mismos. La evolución sigue, aún después del hombre. No morimos del todo. Pero, ¿cómo concebir la posibilidad de este movimiento y cómo ayudarlo?

La solución a este nuevo problema está dada por los términos mismos con los que se plantea. Nos hallamos, por el juego de nuestro crecimiento, en la doble necesidad de ahondarnos y simultáneamente de pasar de algún modo hacia lo que nos rodea. Sin duda estos dos gestos no son tan opuestos como podría parecer. Acaso se hallen ligados en la armonía de un solo movimiento profundo. El hombre evita comunicarse con otro porque teme, al darse, disminuir su personalidad. Y bien, si el Universo es orgánicamente posible —es decir, si no nos coloca por nacimiento en una posición mecánicamente imposible—, en lo inverso reside la verdad. La dádiva que hacemos de nuestro ser, lejos de amenazar a nuestro “yo”, debe tener por efecto el completarlo.

Y ésta es la verdad. No sólo *a priori*, es decir, deduciendo el porvenir del mundo de una propiedad que ha condicionado su pasado, sino *a posteriori*, observando en torno nuestro los efectos creadores del amor, somos llevados a aceptar esta proposición paradójica, en donde reside el último secreto de la vida: la verdadera unión no funde a los elementos que ella acerca. Por fecundación y adaptación recíprocas, ella les da un rebrote de vitalidad. El egoísmo, en cambio, endurece y neutraliza la tela humana. *La unión diferencia.*

Así reaparece, no ya sólo en el fondo sino por encima de nosotros mismos, la ley de convergencia fundamental. La unión nos ha hecho



gación de la persona más allá de ella misma: lo Personal-Universal. Lo que hay de más incommunicable y, por lo mismo, de más precioso en cada ser, es lo que lo hace uno mismo con todos los otros. En consecuencia, sólo coincidiendo con todos los otros hallaremos el centro de nosotros mismos.

Esta nueva forma adquirida por el principio de convergencia es fecunda. No sólo define para nosotros un camino a seguir si queremos permanecer fieles a la lógica de la evolución. Más aún, ella explicita la posibilidad y la naturaleza de lo que debe ser nuestra consumación.

#### 4. *La Consumación de la Persona*

Lo que, en suma, impide a nuestra conciencia escudarse tras lo individual, es la presencia en nosotros de una pluralidad no reducida por la hominización. En el sistema cuya lógica hemos adoptado, la humanidad no es el término del Cosmos, porque es todavía múltiple. Lo cual quiere decir que, el solo hecho de que la evolución atraviesa, sin fijarse en ella, por la persona humana, nos vemos obligados a remitir indefinidamente hacia adelante el término del movimiento que nos arrastra. Al aterrizar en nosotros mismos, pensábamos haber llegado a puerto. Hémos aquí, por el contrario, rechazados hacia el océano de un porvenir inmenso, en el cual no hay detención posible antes de la aparición de un Centro único de la Noosfera <sup>1</sup>.

Sería perfectamente vano tratar de representarse en concreto lo que puede ser una realidad tan lejana. Para eso sería necesario que hubiéramos alcanzado ya el fin del viaje. Pero sí debemos intentar expresar, dentro de nuestras dimensiones del momento, las condiciones que debe satisfacer este término para que sea representable en nuestras cartas del Universo. ¿Cómo podríamos, de otro modo, fijar nuestro camino? Tratemos de hacerlo.

El primer carácter, y también el más seguro, que, en virtud de la estructura anteriormente reconocida a la Trama del mundo (*Weltstoff*), debemos asignar al estado final del Universo, es el ser personal, provisto de una personalidad tan rica y tan dueña de sí misma, que nuestras almas resultan, ante ella, sólo un frágil esbozo. La mónada humana es

<sup>1</sup> La teoría permite prever, a título de posta, puntos críticos intermedios, que marcan en torno nuestro la aparición de almas superiores que nos englobarían sin destruirnos. Pero, mientras estos puntos críticos no conduzcan sino a la formación de otro Múltiple, por reducido que éste sea, no pueden marcar sino estados de tránsito. El "fin del mundo" está todavía más lejos.

hombres, organizando bajo el control de un espíritu pensante las potencias confusas de la materia. Ella va a hacernos todavía superhombres, al constituirnos en elementos sometidos a un alma superior. La unión en el interior, hasta aquí, nos ha personalizado. La unión en lo exterior va en el futuro a *suprapersonalizarnos*.

Aquí comienzan a descubrirse la significación y el valor de las agrupaciones hacia las cuales nos lleva, a pesar de nosotros, lo que Marx llamó el materialismo histórico. Entregados a sus propias reacciones —dejando aparte el caso de la sexualidad—, los hombres serían generalmente mucho más sensibles a una repulsión que a una atracción mutua. Para ser mejor ellos mismos, buscan prematuramente hallarse *solos*. En contra de este instinto separatista, la necesidad de vivir los obliga a la sociedad. De ahí esas múltiples agregaciones, más y más extensas y tiránicas, cuyos tentáculos se propagan y nos atrapan desde todas partes: asociaciones políticas, económicas, religiosas. . . Oprimidos por estos vínculos, tenemos la impresión de que nuestro ser va a desaparecer, y pasamos por la angustia del ser vivo asfixiado. Más adelante volveré a hablar de esta agonía de la personalidad, y me preguntaré que condiciones deberá satisfacer la socialización del mundo para salvar, y no matar, la célula humana. Ahora nos importa señalar que, en verdad, la unión suprapersonalizada, la entidades colectivas cuyo nacimiento y desarrollo nos espantan, *se forman en la dirección prevista de la evolución*. Ellas son el anuncio, el esbozo de una espiritualidad y, por lo mismo, de una libertad más altas. Es imposible distinguir todavía lo que, en esta masa en plena transformación, es monstruosidad, los que son rasgos definitivos y los que son estado transitorio. Pero una cosa es segura: que, a pesar de nuestros temores, tenemos que avanzar en la dirección de los *conjuntos*.

La fuente de nuestras repugnancias a lo colectivo debe ser buscada en la ilusión que nos hace indentificar tenazmente lo personal con lo individual. Esta confusión, y las reacciones que trae consigo, deben desaparecer si la ley fundamental del ser es, como la física y la historia nos lo enseñan, que la unión diferencia. No podemos, en virtud de esta regla, alcanzar a nuestro verdadero yo, para sobrevivir en él, sino asociándonos orgánicamente con todo lo demás. A la constitución, en el fondo de nosotros mismos, de un espíritu universal, deberá conducir lo que hay de legítimo y de sagrado en nuestro egoísmo.

Analizando más arriba la formación de la personalidad, fuimos llevados a reconocer las propiedades de un Espíritu-Materia en la Trama del Universo. He aquí que otro aspecto no menos paradójal de esta misma Trama se nos descubre y se nos revela como necesaria a toda prolon-

personal porque está centrada. Pero hay una infinidad de maneras de ser centro, según la densidad de los radios que convergen y según la intimidad de su conexión. Como en el Universo consumado la opulencia y la perfección de la síntesis han sido elevadas por hipótesis a su plenitud, la conciencia, ligada a esta síntesis misma, debe forzosamente alcanzar valores supremos. En la figura final adoptada por el Cosmos, la personalidad, que crece con la convergencia, debe ser máxima.

Ha llegado a ser una especie de principio, para el pensamiento moderno, el que no se podría asociar en un mismo sujeto a los dos atributos de totalidad y de conciencia reflexiva. La falsa evidencia de este postulado resalta de la facilidad con la cual el análisis de un mundo de curvatura convergente nos ha llevado a la noción de personal-universal. Y, en verdad, ¿no es una pseudoidea la que creemos formarnos de un Universo que se expande en la duración y en el espacio? La Totalidad no es aprehensible sino en un punto en que ella se recoja. Y tal punto es perfectamente concebible, puesto que nada limita, en el dominio del Espíritu-Materia, la complejidad interior de un punto.

Así, pues, la extrapolación de la trayectoria que sigue el mundo, no puede llevarnos, a partir del corpúsculo humano, sino al estadio final de una personalidad del Universo. ¿Cómo definir, ahora, con respecto a nosotros, a esta Persona suprema?

Aquí conviene anotar las reglas del todo especiales que impone a nuestros razonamientos —o, mejor, a nuestros cálculos— la introducción de magnitudes personales. Por debajo del hombre, no sabemos muy bien lo que ocurre en los seres vivientes incompletamente personalizados, pero tenemos la impresión de que pueden producirse, en este nivel de la evolución, “soldaduras de inmanencias”. Dos fragmentos de conciencia difusa pueden tal vez sumarse, como para perderse en una tercera y más alta conciencia, pues lo que tienen que transmitir por su entrega es menos un alma que el estado particular de animación al cual han llegado. Viable o no más acá del pensamiento, este proceso de fusión se nos aparece como decididamente imposible, una vez atravesado el estadio de la hominización. Una persona no puede desaparecer pasando a otra, pues, por naturaleza, ella no puede darse, en cuanto persona, sino en cuanto permanezca como unidad consciente de sí misma, es decir, *distinta*. Aún más, este don que ella hace de sí misma, como hemos visto, tiene como resultado directo el reforzar lo que ella tiene de más incomunicable, es decir, aquello que la suprapersonaliza. “La unión diferencia”.

Apliquemos estas observaciones a la *suma* del Universo en Dios, puesto que Dios es el nombre que el hombre da al Ser consumado.

Dios, como lo he observado a menudo en otros escritos, es casi inevitablemente concebido por un positivista moderno como un océano sin orillas, donde se totalizan, por pérdida de sí mismas, las cosas. Nuestra generación, esencialmente panteísta por lo mismo que es evolucionista, no parece comprender el panteísmo sino bajo la forma de una disolución de los individuos en una inmensidad difusa. Esto es una ilusión, proveniente del hecho de que la unidad del mundo, bajo la influencia de la física, es buscada erróneamente en la dirección de las energías más y más simples en las cuales se descompone: *Dios es éter*, se habría dicho hace algunos años. Completamente diferente es el resultado obtenido si se trata, como hemos hecho aquí, de prolongar el Universo en la dirección de lo personal, es decir, de la síntesis. Entonces Dios, en lugar de aparecer por despliegue, surge por concentración de la Trama del Universo. No se extiende como un ambiente de disolución: nace como un foco de personalización. *El es Espíritu*. Y esto trae consigo dos cosas.

Por una parte, su Yo, por Sí mismo, no puede formarse por agregación de los "yo" inferiores, humanos o sobrehumanos, que él reúne, ya que, como acabamos de verlo, los "yoes" no se suman. El debe, pues, poseer su inmanencia especial. Por otra parte, correlativamente, los yoes inferiores acentúan, lejos de atenuar, en el curso de su accesión a la cima divina, su autoposición. Conservan y profundizan, pues, su centro particular. No sólo algo de nosotros sobrevive; nosotros mismos nos sobrevivimos en la unidad. Por construcción, al fin de cuentas, la personalización del Universo no puede efectuarse sino salvando para siempre en una persona suprema la suma distinta de las personas nacidas sucesivamente en el curso de su evolución. Dios no es definible sino como *centro de centros*. En esta complejidad yace la perfección de su unidad, la única realización asignable lógicamente a los desarrollos del Espíritu-Materia.

Complejidad de Dios, acabamos de decir. No nos dejemos asustar por esta consecuencia. La expresión es justa, pero a condición de que la corriamos de un modo que modifique profundamente su valor. Ser complejo, en nuestra experiencia presente, designa a un estado que trae consigo, para el ser *compuesto*, exterioridad mutua y disgregación eventual de las partes. Pero estas dos debilidades —oposiciones interiores y fragilidad— que podríamos mirar como esenciales a toda composición, no son sino efectos pasajeraamente ligados a las fases inferiores de las síntesis.

Llevada a sus límites, la unión —puesto que es irreversible, según hemos visto— no debe ya conocer ni oscuridades íntimas ni corrupción.

Más oscuridad o extrañeza mutua de las partes, primero. Actualmente nos parece inconcebible que haya personas capaces de entrar en contacto por el fondo de sí mismas. Pero ello se debe a que todavía no han alcanzado el “espacio” en que semejante vuelta es posible. Llegadas a su perfecta conjunción, debemos representarnos a las moléculas pensantes como interiorizadas las unas en las otras. Una perfecta transparencia mutua en una perfecta posesión de sí mismas, tal es la única fusión panteística lógicamente concebible para las almas en el Medio Divino.

En consecuencia, será imposible la vuelta atrás, pues, justamente porque han llegado a ser interiores las unas a las otras en la interioridad del Centro Supremo que las envuelve, las mónadas no ofrecen ningún flanco posible a la disgregación. Sea en su individualidad singular, sea en su conjunto armonizado, ellas atravesaron ya el umbral bajo el cual solamente podía darse el riesgo que las amenazaba con devolverlas al polvo. Ya se encuentran definitivamente consolidadas. Así se justifica ante la acción la exigencia tenaz manifestada por nuestro ser de no querer construir en sí más que lo inmortal. Y así reaparece ante el pensamiento —pero libre esta vez de sus vinculaciones con una poco comprensible simplicidad— esa incorruptibilidad en la que la filosofía antigua discernía a justo título el atributo más característico de lo espiritual.

Y ahora nos queda por fijar un último punto capital, para que se halle enteramente definido, en posición y en naturaleza, el Fin que da sentido a la vida. Ya que, por definición, nosotros somos *lo Real*, y nos propagamos en lo real, la cima del mundo no podría evidentemente ser concebida como un simple foco virtual de convergencia. Debe ser *real* también. Pero, ¿en qué medida *realizada* ya? Lo uno no parece seguirse inmediatamente de lo otro. ¿No podríamos concebir un Universo inclinado y fundamentado hacia adelante por el engendrarse de una Unidad potencial todavía? ¿Como Israel en espera del Mesías? ¿Podemos deducir de la estructura de un Universo de malla personal, no sólo la aparición última, sino la presencia actual del Centro terminal divino?

En la metafísica extratemporal del ser, esta pregunta puede parecer irrespetuosa. Antes de toda Creación, proclama la Escolástica, lo Absoluto debe existir, en su plenitud. Para nosotros, que tratamos simplemente de construir una especie de Ultrafísica que anude lo más armoniosamente posible la suma de nuestras experiencias, la respuesta al

problema no es tan categórica. Desde este punto de vista empírico, no hay Acto Puro, sino sólo un término final a donde converge el haz de las series que nos envuelven. ¿Qué especie de actualidad debemos reconocer a este término para que sea real?

No me sorprendería de que un análisis más profundo de las condiciones impuestas al Universo por las leyes de la Unión, nos conduzca un día a reconocer en el Dios de la evolución un exacto equivalente de los atributos acordados al *Ens a se* por la filosofía medieval. Pero, aunque mi espíritu no haya dado este paso todavía, hay por lo menos dos cosas que yo considero como adquiridas, y que me parecen suficientes para orientar por ahora nuestra marcha hacia adelante.

La primera, es que el Centro venidero del Cosmos, aunque se nos presente con los caracteres de un *limite*, debe ser considerado como un Centro que ha emergido *desde siempre* en lo Absoluto, en virtud de algo de sí mismo. Puesto que todo descansa sobre él, y él sobre nada, es preciso que hallen en sí mismo su propia consistencia. En este sentido, no sólo constituye, como decíamos antes, un término especial a la cabeza de todas las series, sino, además, él está, en cierto modo, fuera de serie. En Él todo sube como hacia un foco de inmanencia. Pero de Él también todo desciende, como desde una cima de trascendencia.

Y otra cosa que veo es que, para actuar posiblemente sobre la onda de personalidad que su influencia suscita, debe haber ya, en cada instante, una personalidad superior a la suscitada. En el interior de la esfera pensante aparecida en el Cosmos a consecuencia de la hominización, los vínculos deben ser tan rigurosos como en las esferas inferiores de la materia. Pues bien, en el seno de la materia, las energías, para determinarse, deben satisfacer ciertas condiciones precisas de homogeneidad y de potencial: una molécula no obedece sino a una fuerza mayor, dentro de su orden de magnitud. Así conviene que nos representemos los intercambios de energía en el interior de la Noosfera. Los elementos personales del Universo regresarían al desorden, es decir, a la nada, si no encontraran, para dominarlos, lo suprapersonal ya actualizado. En el mundo que nos rodea deben, pues, hallarse, para equilibrar nuestra acción, no sólo la expectativa, sino, más aún, la fisonomía ya reconocible de una personalidad universal.

No se necesita menos, como veremos, para preservar de los peores desvíos a las potencias acumuladas en el corazón del individuo, de las sociedades y del mundo mismo.

### 5. La energía de personalización

En el curso de los párrafos precedentes, hemos tratado de construir lógicamente para nuestras inteligencias un mundo a base de Persona. Tratemos ahora de ver lo que resulta de esta representación para la dirección de nuestra vida. ¿Cómo se disponen los valores en un Universo personal, desde el punto de vista de la acción?

Un primer efecto de la perspectiva aquí adoptada consiste en revelar en la operación humana, bajo todas sus formas, un valor —o trama— cósmico que no se dejaba percibir en ningún otro sistema. Puesto que la energía fundamental que está en juego en el Universo no es sino un flujo de personalización, la masa de las relaciones llamadas “morales” por las que las moléculas pensantes reaccionan unas sobre otras cesa de formar un dominio artificial o secundario en la naturaleza. La libertad no es, entonces, otra cosa que la expresión avanzada y distinta de lo que se disimula o se disocia en los determinismos físicos. El Cosmos se construye físicamente, a partir del hombre, por magnitudes morales. Es decir, la acción espiritual, tan desdeñada por la ciencia, se sitúa con pleno derecho a la cabeza de las energías materiales, las únicas consideradas hasta ahora por la física. Nos habíamos visto anteriormente confrontados con magnitudes complejas, tales como el Espíritu-Materia y lo Personal-Universal. Hémos aquí ahora conducidos correlativamente a fundir en una dimensión común dos caracteres aparentemente opuestos de la experiencia. No hay ya en torno nuestro un dominio físico y un dominio moral. No existe sino lo Físico-Moral.

Y ahora demos otro paso más. ¿Qué nombre habrá que dar, siempre en virtud de nuestro sistema, a esta energía físico-moral de personalización a que se reducen en definitiva todas las actividades manifestadas por la Trama del Universo? Uno solo, con tal que le confirmamos la generalidad y el poder que debe revestir elevándose al orden cósmico: *el amor*.

Es un amor que construye físicamente al Universo.

Sigamos en nosotros mismos, para reconocerlas y dirigir las, las manifestaciones de este poder fundamental de que está hilada nuestra vida. Por tres grados sucesivos creo ver cómo se revela ante nuestra conciencia: en la mujer —para el hombre; en la sociedad, en el Todo; por el sentido sexual, por el sentido humano, por el sentido cósmico.

a) *El sentido sexual.*

La atracción mutua de los sexos es un hecho tan fundamental que toda explicación —biológica, filosófica o religiosa— del mundo que no llegara a encontrarle en su edificio un sitio *esencial por construcción* estaría virtualmente condenada. Fijar un lugar semejante a la sexualidad es particularmente fácil en un sistema cósmico construido sobre la unión. Pero todavía es preciso definirla claramente, tanto hacia el porvenir como en el pasado. ¿Cuáles son, pues, exactamente, el sentido y la esencia del amor-pasión en un Universo de trama personal?

Bajo sus formas iniciales, y hasta muy arriba en la Vida, la sexualidad parece identificada con la propagación. Los seres se acercan a fin de prolongar, no su propio ser, sino lo que han ganado. Tan íntima es esta relación entre reproducción y pareja, que filósofos como Bergson han podido ver en ella un indicio de que la Vida existe más que los seres vivientes, y que religiones tan completas como el Cristianismo han basado hasta aquí sobre el hijo el código casi entero de su moralidad.

Muy distintas se ven las cosas, desde el punto de vista a que nos ha llevado el análisis de un Cosmos de estructura convergente. Sin duda tuvo la sexualidad primero, como función dominante, la de asegurar la conservación de la especie, mientras no llegó a establecerse en el hombre el estado de personalidad. Pero, desde el instante crítico de la hominización, otra función, más esencial, le fue asignada al amor, función cuya importancia parece que recién comenzamos a sentir. Me refiero a la síntesis necesaria de los dos principios, masculino y femenino, en la edificación de la personalidad humana. Ningún moralista ni psicólogo dudó jamás de que los dos conjuntos hallaran una complementación mutua en el juego de su función reproductora. Pero esta realización no era nunca mirada hasta aquí, sino como un efecto *secundario*, accesoriamente ligado al fenómeno principal de la generación. En torno nuestro, si no me engaño, la importancia de estos factores tiende, conforme a las leyes del Universo personal, a invertirse. El hombre y la mujer para el hijo, todavía y por largo tiempo, mientras la vida terrestre no haya alcanzado su madurez. Pero el hombre y la mujer el uno para la otra, sí, más y más, y para siempre.

A fin de establecer la verdad de esta perspectiva, no puedo proceder de otro modo, ni mejor, que recurriendo al único criterio que guía nuestra marcha en el curso de este estudio: a saber, una coherencia lo más perfecta posible de la teoría con un dominio más vasto de realidad. Si el hombre y la mujer, diré, existieran principalmente para el hijo, entonces



la función y el poder del amor deberían disminuir a medida que se completa la individualidad humana y que, por otra parte, la densidad de población se acerca sobre la tierra a su punto de saturación. Pero si el hombre y la mujer son principalmente el uno para el otro, entonces concebimos que, mientras más se humanizan, más sentirán, por este mismo hecho, una creciente necesidad de acercarse. Pues bien, es ésto, y no aquéllo, lo que verifica la experiencia, y lo que es necesario explicar.

En la hipótesis, aquí admitida, de un Universo en vías de personalización, el hecho de que el amor crezca, en lugar de disminuir, al hominizarse, halla muy naturalmente su interpretación, y su extrapolación. En el individuo humano, decíamos más arriba, la evolución no se cierra, sino continúa más lejos, hacia una concentración más perfecta, ligada a una diferenciación ulterior, obtenida a su vez por la unión. Y bien, diremos, la mujer es precisamente para el hombre el término susceptible de determinar este movimiento hacia adelante. Por la mujer, y sólo por ella, el hombre puede escapar al aislamiento en que su perfección misma lo amenaza con encerrarlo. No es entonces ya rigurosamente exacto decir que la malla del Universo sea, para nuestra experiencia, la mónada pensante. La molécula humana completa es ya en torno nuestro un elemento más sintético y, por lo tanto, más espiritualizado que la persona-individuo. Ella es una dualidad, que comprende a la vez lo masculino y lo femenino.

Aquí aparece en su amplitud la función cósmica de la sexualidad. Y aquí, al mismo tiempo, se dejan percibir las reglas que habrán de guiarnos en la conquista de esa terrible energía por la que pasa, a través de nosotros, en línea directa, el poder que hace converger sobre sí mismo al Universo.

La primera de estas reglas afirma que el amor, conforme a las leyes generales de la unión creadora, sirve a la diferenciación espiritual de los dos seres que él mismo acerca. Ni, pues, el uno debe absorber al otro ni, menos todavía, perderse los dos en los goces de una posesión corporal que significaría caída en lo plural y vuelta a la nada. Esto pertenece a la experiencia corriente, pero no se comprende bien sino en las perspectivas del Espíritu-Materia. El amor es una aventurada conquista, que no se mantiene ni desarrolla, a semejanza del propio Universo, sino por un perpetuo descubrimiento. Sólo se aman legítimamente, entonces, aquéllos a quienes la pasión conduce, el uno por el otro, a una más alta posesión de su ser. Así, la gravedad de las faltas contra el amor no está en ofender o tal o cual pudor o a tal o cual virtud. Consiste en derrochar, por negligencia o por voluptuosidad, las reservas de personalización del Universo.

Este desperdicio explica los desórdenes de la “impureza”. Y es él también el que, en un grado más alto en los desarrollos de la unión, constituye la materia de una alteración más sutil del amor: me refiero al egoísmo entre dos.

Anteriormente, en el capítulo de las prolongaciones de la persona, hemos anotado la fase crítica porque atraviesa el Ser en el instante en que en él se condensa el pensamiento. Como las partículas llegan a hacerse reflexivas, legítimamente podría parecer que ponen punto final a la evolución. Bajo la influencia de los egoísmos solitarios, el Universo está expuesto a disgregarse en una polvareda de granos de libertad... El mismo peligro de disolución reaparece, con doble intensidad, en el momento en que acaba de formarse la pareja. Cuando dos seres, entre el hormigueo de los seres, llegan a encontrarse y a probar que es posible un gran amor entre ellos, tienden de inmediato a encerrarse en la celosa posesión de su mutuo acabamiento. Bajo el efecto de la plenitud que los invade, tratan instintivamente de clausurarse el uno en el otro, con exclusión de todo el resto. Y aun cuando lleguen a vencer la tentación voluptuosa de la absorción y del reposo, tratarán de limitar a su descubrimiento mutuo las promesas del porvenir, como si ellos constituyeran un *Universo de dos*.

Pues bien, después de todo lo que hemos dicho sobre la estructura probable del Espíritu, es claro que este sueño no es sino una peligrosa ilusión. En virtud del mismo principio que obligaba a los elementos personales “simples” a completarse en la pareja, ésta a su vez debe proseguir más allá de sí misma las realizaciones que su crecimiento requiere. Y esto de dos maneras. Por una parte, necesitará buscar afuera otras agrupaciones del mismo orden con las cuales asociarse con el fin de concentrarse más. Trataremos este punto después, a propósito del Sentido Humano. Por otra parte, el Centro mismo hacia el cual los dos amantes convergen al unirse, debe manifestar su personalidad en el propio corazón del círculo en el cual quisiera su unión aislarse. Sin salir siquiera de sí, la pareja no halla su equilibrio sino en un tercer término ante ella. ¿Qué nombre será preciso dar a este “intruso” misterioso?

Mientras los elementos sexuados del mundo no alcanzaron el estado de personalidad, la prole podía representar por sí sola la realidad en que se prolongaban, en cierto modo, los autores de la generación. Pero, tan pronto como el amor empezó a operar, no ya sólo entre dos padres, sino entre dos personas, entonces ha sido preciso descubrir, más o menos confusamente, ante los amantes, el Término final en el que, a la vez, se salvarían y consumirían, no sólo su raza, sino también su personalidad.

Entonces, recomienza la “caída hacia adelante” cuyas peripecias hemos seguido ya. Poco a poco, tenemos que llegar así hasta el extremo del mundo. Y, finalmente, es el Centro Total mismo, mucho más que el hijo, quien aparece como necesario a la consolidación del amor. El amor es una función de tres términos: el hombre, la mujer y Dios. Toda su perfección y su éxito están ligados al armonioso equilibrio de estos tres elementos.

Aquí se manifiesta una gran diferencia entre los resultados a los cuales conduce nuestro análisis de un Universo personal y las reglas admitidas por las antiguas morales. Para éstas, la pureza era generalmente sinónimo de separación de sexos. Para amar, era preciso abandonar. Un término expulsaba al otro. El “binomio” hombre-mujer reemplazado por el binomio hombre-Dios o mujer-Dios: tal era la ley de la suprema virtud. Mucho más general y satisfactoria nos parece la fórmula que respeta la asociación de los tres términos en presencia. La pureza, diremos, expresa simplemente la manera más o menos distinta en que se explicita, por encima de los dos seres que se aman, el Centro último de su coincidencia. No se trata ya de abandonarse, sino sólo de unirse en algo más grande que uno. El mundo no se diviniza por supresiones, sino por sublimación. Su santidad no es eliminación, sino concentración de las savias de la tierra. Así se transcribe en una nueva ascesis —tan laboriosa, veremos, pero mucho más comprensiva y operante que la antigua—, la noción del Espíritu-Materia.

Sublimación; luego, conservación, pero también, y más aún, transformación. Si es verdad, pues, que el hombre y la mujer se unirán tanto más a Dios cuanto más se amen el uno al otro, no menos cierto es que, mientras más estén en Dios, mejor se verán conducidos a amarse de una más bella manera. ¿En qué dirección podemos imaginarnos que se efectuará esta evolución ulterior del amor?

Sin duda hacia una disminución gradual de lo que representa aún —y necesariamente— en lo sexual el costado admirable, pero transitorio, de la reproducción. Hemos admitido que la vida no se propaga por propagarse, sino sólo para acumular los elementos necesarios a su personalización. Cuando se aproxime, pues, para la tierra la maduración de su personalidad, los hombres deberán reconocer que el problema no consiste sólo en controlar los nacimientos, sino que importa, sobre todo, dar su plena expansión a la cantidad de amor liberada del deber de la reproducción. Bajo la presión de esta nueva necesidad, la función esencial personalizante del amor se destacará más o menos completamente de lo

que ha debido ser por un tiempo el órgano de propagación, “la carne”. Sin cesar de ser físico, y aun para seguir siéndolo, el amor se hará más espiritual.

¿Lo sexual, para el hombre, se verá colmado por lo femenino puro.  
¿No es éste, realmente, el sueño mismo de la Castidad?

b) *El sentido humano.*

Por el amor del hombre y la mujer, se trenza una fibra que se prolonga recta hacia el corazón del mundo. Pero no es éste sino un elemento infinitesimal en el haz que poco a poco reúne el esfuerzo de personalización universal. No sólo la pareja no subsiste sino sostenida por un centro de conjunción situado delante de ella misma. Aún más, no se mantiene sino encuadrada por el conjunto de las personalidades, del mismo orden, que la rodean. ¿La energía de personalización que se manifiesta en el amor-pasión, debe, pues, completarse por otra especie de atractivo, que envuelve a la totalidad de las moléculas humanas. A esta fuerza particular de cohesión, difundida en el conjunto de la Noosfera, la llamamos aquí el *Sentido Humano*.

Primeramente, nada semejante a tal atracción parece existir en la naturaleza. En lugar de la intersimpatía que nuestra teoría nos hace prever, descubriríamos una mutua repulsión que domina en el interior de la masa humana. Fuera de algunos casos excepcionales, “el otro”, ¿no se manifiesta como el peor peligro que nuestra personalidad encuentra en su camino en el curso de su desarrollo? ¿El otro que molesta? ¿El otro que es preciso eliminar?

Para explicar esta reacción desconcertante del hombre sobre el hombre, conviene observar que ella no se produce en el nivel donde pudiéramos ver aparecer el sentido humano. En el caso del amor-pasión, la atracción se produce inmediatamente de individuo a individuo, lo que no supone nada más que el azar de un encuentro. Por el contrario, en el caso de las relaciones colectivas, la atracción no puede nacer sino entre el individuo y una colectividad ya parcialmente organizada, lo cual es más complicado. El hombre de la calle me ofusca porque me choco con él, como si él fuera un rival posible. Pero me agradará desde el instante en que vea en él a un camarada de lucha. A diferencia del sentido sexual, el sentido humano no se dirige directamente a las personas como tales, sino hacia Algo que engloba a las personas. Sólo a causa de que no

percibimos suficientemente bien este Algo, tenemos la impresión de detestarnos.

Hecha esta reserva, basta mirar para reconocer, por una multitud de indicios en torno nuestro, la existencia y los progresos de la cohesión interhumana que buscamos.

En el caso más simple, el de la amistad, lo individual es todavía fuertemente sentido, con todo lo que contiene de encanto concreto e inmediato. Pero otro elemento es ya reconocible, un elemento que aporta a las relaciones su solidez y su alegría profunda: a saber, un interés común. Las grandes amistades se anudan en la búsqueda de un ideal, en la defensa de una causa, en las peripecias de la investigación. Se desarrollan mucho menos por la penetración del uno en el otro que por el progreso de ambos en un mundo nuevo. Y en esto me parece diferir completamente del amor espiritual con el que habitualmente se lo confunde. El amor apasionado, aun espiritual, es por naturaleza exclusivo, o, por lo menos, muy limitado, en el número de los seres a los cuales acerca: se funda sobre la dualidad. La amistad, por estructura, sigue abierta a una creciente multiplicidad.

Así nacen las diversas agrupaciones, más y más extensas, que unen a los hombres, a menudo por vínculos artificiales y forzados que no engendran ninguna alma, pero a veces también por reacciones comunes profundas que los acercan en una extraordinaria intimidad. Y así, por transiciones insensibles, nacen ante nuestros ojos las vastas unidades colectivas que aparecerán acaso un día ante nuestros descendientes como el fenómeno biológico más característico de nuestra época. Comunismo, nazismo, fascismo, etc., todas esas corrientes mayores a donde vienen a confluír la multitud de agrupaciones deportivas, escolares, sociales, son a menudo condenadas como una vuelta a condiciones gregarias primitivas. Error. La vida nunca ha conocido nada, no podía conocer nada todavía comparable a estos movimientos masivos que, para producirse, exigen una capa análoga de conciencia, y una extrema rapidez de comunicaciones. Antaño los hunos o los mongoles invadían Europa como un cataclismo. No eran sino una invasión o una avalancha dirigidas. Hoy, por primera vez en la historia del mundo, se manifiesta la posibilidad de *masas reflexivas*. Ya el fenómeno humano ha abandonado la escala del individuo para propagarse en lo inmenso. No es, pues, la repulsión, sino la atracción mutua de los elementos, lo que domina la evolución de la Noosfera. Y ninguna fuerza de cohesión conocida por la física es sin duda tan poderosa como ésta. Pero, ¿conduce esta atracción, como yo pretendía, hacia una personalización?

Aquí, de nuevo, las primeras apariencias se muestran desfavorables a la teoría. Si hay una queja universal hoy en el mundo, ¿no es la de la persona humana ahogada por los monstruos colectivos que una despiadada necesidad de vivir nos obliga a suscitar en todas partes en torno nuestro? Las grandes ciudades, la gran industria, las grandes organizaciones económicas. . ., Molochs sin corazón y sin rostro. ¿Quién no se ha vuelto con nostalgia, un día u otro de su vida, hacia la "edad de oro" del campo familiar, del artesanado o aun del bosque? ¿Podemos, en verdad, hablar del nacimiento de una nueva alma humana? ¿No somos más bien llevados hacia una mecanización de la tierra?

Siento más que nadie la gravedad del momento presente para la humanidad, y menos que nadie me siento inspirado para predecir el futuro. Y, sin embargo, un instinto, desenvuelto por el contacto con el gran pasado de la vida, me dice que la salvación para nosotros está en la dirección misma del peligro que tanto nos alarma. Si, en verdad —como parece—, la unificación social de la tierra es el estado hacia el cual nos lleva la evolución, esta transformación no podría verificarse contra el resultado más claramente obtenido por esta misma evolución en el curso de las edades, es decir, contra el aumento de la conciencia y de las libertades individuales. Como cualquiera otra unión, la colectivización de la tierra, bien llevada, debe superanimarnos en un alma común. ¿No sentimos ya, en rápidas bocanadas, los torbellinos precursores del gran soplo que se eleva? ¿En qué época del mundo ha podido un ser vivir minutos de exaltación más tangible que el hombre de hoy? Semejantes a viajeros cogidos por una corriente, querríamos volver atrás. Imposible y fatal maniobra. La salvación para nosotros está más adelante, más allá de los rápidos. No hay retroceso posible. Pero necesitamos una mano segura en el timón y una buena brújula.

¿Por qué signos reconoceremos en cada instante los escollos que es preciso evitar y el camino a seguir? Precisamente aplicando a nuestra marcha, en la medida en que ésta es libre, la ley fundamental de la unión. Para no equivocarnos de camino en nuestro viaje hacia el porvenir, debemos orientarnos constantemente en el sentido de una mayor personalización, sea individual, sea colectiva.

Individual, primero. Es perfectamente claro que el peligro de la mecanización nunca ha sido más grande para el espíritu que en este momento en que nos acercamos a un nuevo máximo. No se puede escalar una montaña sin bordear un abismo. Pero este riesgo no es una fatalidad. Podemos evitar la caída. La "máquina orgánica" liberó por primera vez al pensamiento en el cuerpo humano: ¿Por qué no podría la máquina

industrial liberarlo una segunda vez en la humanidad? No podríamos escapar al sufrimiento de los primeros contactos con una masa incompletamente organizada. Pero todo lo que tienda sistemáticamente a hacer de nosotros una termite es falso, y está de antemano condenado.

Personalización colectiva, en seguida. Esta es la condición misma de aquélla. En virtud de las reglas de la unión, los elementos asociados no se personalizan en sí sino bajo la influencia de una personalidad dominante más acabada. En vano, pues, trataríamos de evitar el hormiguero si los vínculos nuevos que se tejen en el mundo no derivan de un centro definible a la vez para nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad. El Sentido Humano, so pena de ser inhumano, debe estar dentro del orden del amor. La sociedad se mecanizará, pues, invenciblemente, si su crecimiento sucesivo no es coronado por *Alguien*. La humanidad, para no ser opresiva, debe adquirir una figura sobrehumana.

Y hénos aquí, como era inevitable, situados una vez más en la perspectiva de un centro de conciencia universal que se irradia desde la cima de la evolución. Este centro es el que, hace poco, vino a romper la envoltura de egoísmo donde tendía a encerrarse celosamente la pareja. Es él también ahora quien viene a salvar de la esclavitud a la masa desordenada de la Noosfera. Y es él todavía, como veremos, quien, dirigiendo nuestras aspiraciones más universales, va a dar al Sentido cósmico su verdadera significación y su pleno valor.

### c) *El Sentido Cósmico.*

Llamo sentido cósmico a la afinidad más o menos confusa que nos liga psicológicamente al Todo que nos envuelve.

La existencia de este sentimiento es innegable, y tan antigua, en apariencia, como el origen del pensamiento. Para que apareciese el sentido humano, era necesario que la civilización empezara a circunscribir la tierra. El sentido cósmico, a su vez, ha debido nacer apenas el hombre se ha encontrado frente al bosque, al mar, a las estrellas. Y desde entonces sus huellas son patentes en todo lo que sentimos de grande y de indefinido: en el arte, en la poesía, en la religión. Por él reaccionamos ante el mundo como un todo (*as a whole*) como por nuestros ojos a luz.

Sin embargo, la psicología no ha dado un lugar bien definido a esta atracción profunda. O bien su especificidad no es reconocida, como si representara una forma degradada o embrionaria de las otras energías espirituales. O bien su valor es desacreditado, como si correspondiera a una

impresión residual, casi animal, destinada a evaporarse con el despertar completo de la razón. O bien, entre aquéllos que lo aprecian y lo cultivan, sus impulsiones son interpretadas en un sentido peligroso, como una invitación a la disolución anónima en el océano cósmico.

Creo que una de las mejores confirmaciones de los puntos de vista propuestos en estas páginas es la facilidad con la que dan una explicación fecunda de este sentimiento polimorfo y poderoso. En un Universo personal, en efecto, el sentido cósmico halla de inmediato un lugar natural: él representa la conciencia más o menos oscura que cada uno de nosotros adquiere de la Unidad reflexiva, a la cual, con todo el resto de lo que existe, nos agregamos. Así comprendido, se manifiesta dotado de una serie de propiedades perfectamente definidas.

Primero, se nos aparece como una magnitud físico-moral de naturaleza creciente. Si el Universo fuera desparramándose, el sentido cósmico podría estar declinando, y sentiríamos en nuestras almas nostalgia de la raíz común de la cual habríamos sido arrancados por el viento de la individualización. Pero si la realidad, lejos de dispersarnos, nos arrastra en su convergencia, entonces, este mismo sentimiento, a causa de la propia estructura del mundo, no puede sino adoptar una nitidez y una intensidad crecientes con los progresos eventuales de la humanidad. Hasta ahora lo percibíamos a la manera de una resonancia profunda de nuestras emociones. Llega, sin duda, el momento en que, con el ascenso del Centro universal por encima del horizonte de nuestra conciencia, él va a explicitarse como un elemento definido y fundamental de la psicología humana.

En un universo pluralista, todavía, el sentido cósmico podía interpretarse como una invitación a la pausa y a la difusión. Así lo han entendido hasta aquí tantos panteísmos artísticos o religiosos, para quienes el acceso al gran Todo significaba comunión disolvente con la naturaleza. Justamente al revés, en el mundo de lo universal-personal, se dibujan las reglas de la unión con el Todo. Ya no se trata aquí de que el elemento se divida sobre una inmensidad difusa, sino, al contrario, se trata de que se concentre, en armonía con todos los otros centros, en un Centro último de todos los centros. Centrarse, es decir, personalizarse sobre un centro último, es decir, en una personalidad suprema. La única manera que tenemos de responder a los oscuros llamados del sentido cósmico en nosotros está en llevar hasta sus últimos límites una laboriosa explicitación del mundo y de nosotros mismos. La unión por diferenciación, y la diferenciación por unión. Esta ley estructural que reconocíamos más



arriba en la Trama del Universo, reaparece aquí como la ley de la perfección moral, y la única definición del verdadero panteísmo.

Como corolario inmediato de este descubrimiento, diremos que nos es posible reducir a una categoría precisa el sentimiento anónimo que nos atrae tan poderosamente hacia la naturaleza. No metafóricamente, sino en el sentido más verdadero del término, el sentido cósmico es un amor, y no puede ser sino eso. Es un amor, pues nos transporta hacia un objeto complementario y único, de naturaleza personal. Y debe ser un amor, puesto que su función es dominar, al consumarlos, el amor del hombre por la mujer y el amor del ser humano por todos los otros humanos. En el Cosmos, tal como aquí lo describo, llega a ser posible, por inverosímil que esta expresión parezca, *amar al Universo*. Y aún en este acto sólo el amor puede desarrollarse con claridad y poder ilimitados.

Desconfiamos con algún derecho de un afecto demasiado generalizado. “El que ama todo, no ama nada”, se acostumbra a decir. Este peligro no existe ya, por lo menos en teoría, para quien haya comprendido lo que es un Todo de personalización: a saber, una figura central definida, que aparece al término de figuras elementales más y más definidas ellas mismas. Orientado hacia tal Objeto, el corazón no corre ya el riesgo de disecarse en aspiraciones impersonales y difusas. Pero, sin perder contacto con la realidad concreta de los seres que lo rodean, descubre el medio de abrazarlos a todos juntos, en un sentimiento que conserva, a pesar de su extensión desmesurada, el calor de una afección humana. Una sola cosa, finalmente, es amada: el foco amante de toda convergencia. Pero no podemos alcanzar a este centro sino adhiriéndonos hasta el fin a la realidad y a la realización de los seres particulares en el fondo de los cuales brilla.

De ahí este privilegio único del Sentido Cósmico que se expresa en amor: ser no solamente un océano sin fondo en el que podemos sumergirnos sin límites, pues, en sus dimensiones universalizadas, se desvanecen los límites entre lo que llamamos, en la escala individual, el yo, el resto y los otros, y, en el yo, el pensamiento, los sentimientos, la acción. Todas estas categorías, sin perder su esencia precisa, tienden a fundirse en un gesto único de aprehensión y de comprensión, de pasión y de acción. A este nivel, la multiplicidad empieza a desvanecerse en el dominio psíquico. Y desde ahora se delinea en torno nuestro un estado en que no se divisa sino la singularidad colectiva de una operación-afección única: el acto cósmico de personalización universal.

## 6. *El trabajo de personalización*

Si, en verdad, todo concurre, en nosotros y en torno nuestro, a una gran unión por amor, el mundo debería, al parecer, estar bañado en la alegría. ¿Cómo es posible, que avance, por el contrario, en el dolor? ¿Por qué las lágrimas y la sangre? ¿Cómo puede introducirse el sufrimiento en un Universo personal?

Mi respuesta a esta pregunta, la más angustiosa de todas para el espíritu humano, será la siguiente: en el Universo que he considerado, el problema no sólo no presenta dificultades especiales. Más aún, aquí halla su solución teórica más satisfactoria, y aun un esbozo de solución práctica.

Un mundo en vías de concentración consciente debería únicamente gozar, diréis. Al contrario, diré yo. Tal mundo es justamente aquél que debe más natural y necesariamente sufrir. Nada más beatificante que la unión alcanzada, pero nada más laborioso que la búsqueda de la unión. Por tres razones, por lo menos, una evolución personalizante es forzosamente dolorosa: ella tiene una base de pluralidad, progresa por diferenciación y conduce a metamorfosis.

### a) *La pena de pluralidad.*

La pluralidad —un resto de pluralidad inseparable de toda unificación en curso— es la fuente más obvia de nuestras penas. Es ella la que en el exterior nos expone a los choques y nos hace sensibles a ellos. Y es ella la que, por dentro, nos hace frágiles y estar sujetos a mil formas de desórdenes físicos. Todo lo que no haya acabado de organizarse debe inevitablemente sufrir de su desorganización residual y de sus desorganizaciones posibles: tal es la condición humana.

No es necesario insistir para recordar cuán duramente prospera en el mundo de los cuerpos esta ley de lo plural. Pero es útil a nuestra tesis hacer observar cuán claramente se extiende al dominio físico-moral del Universo personalizado. Miremos en torno nuestro. En la multitud de seres vivientes que se cruzan, hay primero una muchedumbre de almas hechas para unirse, almas que se aportarían precisamente la una a la otra el complemento beatificante que les falta, y que no se reconocerán jamás. ¿De qué azares espantables no dependen los encuentros que hacen la felicidad de nuestras vidas? En el pequeño número de las conjunciones logradas, hay en seguida la dificultad increíble que es preciso superar

para mantener el contacto exterior de las vidas. A menudo, apenas reunidos los que se aman, se ven separados por los mismos azares que los habían acercado. Y aun en los casos excepcionales, en que se halla asegurada apaciblemente la presencia, cuántas dificultades y riesgos en los progresos del contacto interior: los laberintos en los cuales se oyen sin poder encontrarse, los callejones sin salida, las vías divergentes, las almas que, la una en la otra, pierden su camino. . . Y si, por fin, por un colmo de éxito, el uno llega al corazón del otro, ¿no queda aún esa última barrera de dos espíritus que, por íntimos que llegan a ser, no llegan nunca a ser del todo transparentes el uno al otro, porque no están todavía o porque no pueden estar, antes de la consumación final, interiorizados el uno en el otro? Uniones frustradas, uniones rotas, uniones inconclusas. . . ¡Cuántas desventuras, peripecias y, en el mejor de los casos, oscuridades y alejamientos aún en las uniones más felices!

b) *El trabajo de la diferenciación.*

Como si no fuera todavía bastante para nosotros el tener que padecer de los desórdenes y de la exterioridad ligados a la pluralidad residual del mundo, nos chocamos con una segunda causa de sufrimiento en el esfuerzo mismo que tenemos que desplegar para escapar de ese estado múltiple. Aquí aparece una condición profunda de la evolución en la que se unen, aun confusamente para nuestros espíritus, las leyes de la físico-química y las de la físico-moral: la unificación es un trabajo. En un sentido muy verdadero, lo decíamos antes, la Pluralidad pesa sobre la Unidad. Y, sin embargo, esta vuelta al equilibrio es una ascensión laboriosa, que no se opera sino superando una verdadera inercia ontológica. De ahí la inclinación que la vida presenta, hasta en sus formas más sublimadas, a detenerse y aún a retroceder. *La Duración sube.*

En la excitación de la búsqueda y la alegría de la conquista, no prestamos casi atención a este carácter fundamental de la acción. Olvidamos la pena, para no pensar sino en la alegría de crecer. Y, sin embargo, esa pena nunca está ausente. Para unificarse en sí, o para unirse a los otros, es preciso cambiarse, renunciarse, darse, y este arrancarse uno a sí mismo es de la especie del dolor. En el lenguaje vulgar, que es el resumen más sincero de la experiencia humana, ¿no se expresa inevitablemente la idea de perfección en metáforas de trabajo y de ascenso? Cada progreso en la personalización debe pagarse: tanta unión, tanto sufrimiento. Esta relación de equivalencia gobierna todas las transformaciones del Espíritu-Materia. Y nada podría permitirnos escapar.

c) *La pena de metamorfosis.*

Si el esfuerzo de diferenciación, inherente a la unión, nos afecta generalmente poco, ello es porque a él asociamos palpablemente la conciencia de nuestro progreso. Mucho más amarga es la angustia de sentirse, en apariencia, amenazado en lo que se tiene de más íntimo en el corazón de sí. Se puede decir con verdad que el verdadero dolor entró en el mundo con el hombre, cuando, por la primera vez, una conciencia reflexiva se sintió capaz de asistir a su propia disminución. El único verdadero mal es el *mal de la persona*. ¿Cómo se presenta la muerte en el Universo personal que hemos bosquejado aquí?

Responderé: como una metamorfosis.

Habrá que volver siempre a este punto importante que hemos tocado ya más arriba a propósito de la formación y de la consumación de la persona: ninguna realidad física puede crecer indefinidamente sin alcanzar la fase de un cambio de estado. En un período más o menos largo, las cosas varían simplemente, sin cesar de ser semejantes a sí mismas. Y después, en un momento dado, se hace necesaria una reacomodación completa de los elementos para que la magnitud acceda a un nuevo dominio de progresión posible. La energía de personalización, en la que hemos creído discernir el resorte esencial de la evolución, encuentra aparentemente tales discontinuidades en el curso de su desarrollo. Llegados a un cierto límite de concentración, los elementos personales se enfrentan a un umbral que es preciso atravesar para entrar en la esfera de acción de un centro de orden más elevado. No sólo necesitan, en ese instante, desprenderse de la inercia que tiende a inmovilizarlos. Ha llegado, además, para ellos el momento de abandonarse a una transformación que parece arrebatarles todo lo que anteriormente habían adquirido. *No pueden ya crecer sin cambiar*. Y entonces sobreviene la agonía de perderse en la masa monstruosa de la humanidad que nos espera, o aquélla, aún mayor, de escapar, por la lenta o rápida disolución del cuerpo, a la totalidad del marco experimental dentro del cual hemos nacido.

Los muertos, la muerte, son y no son sino puntos críticos sembrados en el camino de la Unión. ¿No medimos en pleno en esta solución tan simple el valor explicativo de la hipótesis en que nos hemos situados? No sólo, en la perspectiva de un Universo personal, el problema del mal, bajo su forma más aguda, encuentra su natural respuesta, ligada a una *estructura optimista* del Universo. Más aún, esta interpretación teórica nos hace entrever un remedio y una salida al dolor del mundo.

d) *El decrecimiento del Mal.*

Lo que hace el mal del Mal, no es el dolor, sino el sentimiento de disminuir por el dolor. Tomad un sufrimiento, por grande que sea: desaparecerá, y aun se fundirá en una especie de placer, con tal que descubráis correlativamente un éxito proporcionado del cual sea aquél el precio. El hambre, la sed, las heridas son insoportables en la pasividad y la inacción. Pero ya no importan, y ni siquiera existen, en la fiebre del ataque o del descubrimiento. ¿Qué será preciso, pues, imaginar para que, aun en nuestro estado presente de desorganización, la humanidad encuentre un atenuante a la angustia de sus males? Simplemente, que se despierte en ella la conciencia de un Objeto que nace de sus sufrimientos. Son la fe y la esperanza que trae consigo la idea de una personalización del Universo.

Bien lo sé. El mundo es tan vasto, y su consumación se entrevé sólo a través de tales cambios, que un reconfortamiento buscado tan lejos pudiera parecer irrisorio. Pero, ¡cuántas cosas preciosas dejamos escapar por timidez o por pereza, simplemente porque pensamos haber hallado una buena razón para no *intentar nada!* En lugar de demostrarnos, sin dejar la playa, que el océano no podría sostenernos, aventurémonos sobre sus aguas, para ver. Nos parece imposible que una vida humana pueda descubrir su alegría en perderse conscientemente en el Ser universal. Arriesguémonos a hacer este gesto. Busquemos nuestra satisfacción esencial en el pensamiento de que servimos y salvamos, con nuestras luchas, un Universo personal. Si, en verdad, como han tratado de sugerirlo estas páginas, existe un centro natural de las cosas, este Centro responderá. No lo veremos más distintamente de lo que permite la edad del mundo. Mas, por habernos vuelto hacia él, su realidad se dejará sentir por la luz y el calor que descenderán sobre nosotros.

De esta iluminación progresiva, tanto como de una mejor organización de la vida material y de la sociedad, podemos esperar una atenuación gradual del mal sobre la tierra. Mientras se evaporan en una atmósfera más alta, las sombrías nubes que nos rodean pueden ser transfiguradas. El dolor es virtualmente vencido por el sentido cósmico. A pesar de tantas apariencias contrarias, el mundo, si comprendiera el misterio de la personalidad que se desarrolla en él, podría desde ahora mismo, como la teoría de la unión lo anunciaba, ascender a la alegría.

### 7. Conclusión. La Religión de lo Personal.

Una solución aproximada del problema del mal era la última prueba a que podíamos someter el valor de la hipótesis expuesta en el curso de este ensayo. Me parece poder ahora concluir que la hipótesis tiene éxito, y que satisface la condición que poníamos, al comenzar, a una perspectiva del mundo, para ser verdadera: hacer al Universo totalmente coherente con respecto a sí mismo.

En verdad, no pienso que haya mejor ni aún otro centro natural de coherencia total de las cosas, que la persona humana. A partir de esta malla compleja en que el alma se liga a la carne, el Cosmos se desteje hacia atrás y se teje hacia adelante según una ley simple, satisfactoria a la vez para la inteligencia y para la acción. Se desvanecen las falsas oposiciones entre espíritu y materia, universalidad y personalidad, fuerzas morales y potencias físicas. Bajo la tensión de personalización que los presiente, los elementos se empujan en una dirección infalible, aunque a través de los tanteos y azares que nuestra ciencia registra. Sufren y mueren, pero sin que estas metamorfosis los priven de aquéllo que no tendrían ninguna razón ni gusto en adquirir si su yo les fuera arrebatado. En el movimiento de convergencia que hace a todas las cosas solidarias, lo uno cesa de oponerse a lo múltiple, y se dibuja un monismo que respeta a la vez las miserias y las riquezas experimentales de la pluralidad.

Pues bien, para justificar una perspectiva tan naturalmente armónica, no hemos recurrido a ninguna filosofía. Ni explícita ni implícitamente se ha introducido en nuestros desarrollos la noción de lo mejor absoluto, la de causalidad o la de finalidad. Una ley de recurrencia experimental, una regla de sucesión en la duración, he ahí todo lo que presentamos a la sabiduría positivista de nuestro siglo.

No uno metafísica, lo repetimos, sino una Ultrafísica. Y sin embargo, también —he ahí lo que me queda por decir—, una mística y una religión.

Hasta aquí no habíamos escrito esas palabras. Pero los que me han seguido en el curso de estas páginas no habrán dejado desde hace rato de pronunciarlas. Como cualquiera otra forma de adhesión a una esperanza cósmica, la doctrina del Universo Personal tiene precisamente los caracteres de universalidad y de fe que son, en el gran sentido de la palabra, la definición de la religión. Además, por añadidura, la religión que ella introduce se presenta con dos caracteres asociados que parecían deber oponerse siempre, para su mutuo detrimento, en las construcciones religiosas: personalismo y panteísmo.

¿Es prácticamente posible semejante actitud?

¡Sí, diré. Y la prueba está en que se halla virtualmente ya realizada y vivida en el Cristianismo.

¡Créanme o no, las concepciones contenidas en este ensayo, aunque influidas —es evidente— por el Evangelio, no han nacido en mi espíritu de la parte específicamente cristiana de mí mismo. Aparecieron más bien en antagonismo con ésta, y son tan independientes de ella, que me encontraría singularmente trabado en mi fe si viniera a dibujarse alguna oposición entre ellas y el dogma cristiano. Pero, en el hecho —al precio, lo confieso, de algunas luchas— es lo contrario lo que se ha producido hasta aquí. Lejos de contrariar mis tendencias panteístas profundas, el Cristianismo, bien comprendido, nunca ha cesado, *precisamente porque es salvador de lo Personal*, de guiarlas, precisarlas y sobre todo confirmarlas, aportándoles un objeto preciso y un comienzo de verificación experimental.

Me explico.

El Cristianismo es por excelencia la religión de la persona. Y lo es a tan alto grado, que en la actualidad está corriendo el riesgo de perder su influencia sobre el alma moderna por la especie de incapacidad que muestra en el sentido de comprender las relaciones orgánicas que hacen lo universal. Para las nueve décimas partes de quienes lo ven desde fuera, el Dios cristiano aparece como un gran propietario que administra sus tierras: el mundo. Pues bien, esta figura convencional, justificada por demasiadas apariencias, no responde en nada al fondo del dogma ni de la actitud evangélicos. He aquí por qué. La esencia del Cristianismo es ni más ni menos que la creencia en la unificación del mundo en Dios por la Encarnación. Todo el resto no son sino explicaciones o representaciones secundarias. Dado lo anterior, mientras la sociedad humana no había atravesado el estadio familiar, neolítico, de su desarrollo —es decir, hasta la aurora de la fase científico-industrial moderna—, es claro que la Encarnación no podía hallar, para expresarse, sino símbolos de naturaleza jurídica. Pero, desde el descubrimiento contemporáneo de las grandes unidades y de las vastas energías cósmicas, una significación nueva, más satisfactoria, comienza a delinearse para las palabras antiguas. Para ser alfa y omega, Cristo debe, sin perder su precisión humana, llegar a ser coextensivo con las inmensidades físicas de la duración y del espacio. Para reinar sobre la tierra, El debe superanimar al mundo. En El, desde entonces, y con toda la lógica del Cristianismo, lo personal se expande —o más bien se centra— hasta llegar a ser universal. ¿No es éste, precisamente, el Dios que esperamos?

No llegaré a decir que este renacimiento religioso sea ya consciente de sí. En todos los dominios, los viejos marcos resisten con más fuerza en el momento mismo de romperse. Pero la experiencia que tengo del Cristianismo me permite afirmar esto: cualesquiera que sean las fórmulas que aún se mantienen, la transformación de que hablo está ya hecha en las partes más vivaces del organismo cristiano. Bajo un pesimismo, un individualismo o un juridicismo de superficie, el Cristo Rey de hoy *es ya adorado por sus fieles como el Dios del progreso y de la evolución.*

En páginas anteriores, cuando analizaba las condiciones que debía satisfacer un Centro del Universo, cuando hablaba de un amor más fuerte que la atracción sexual, de un amor que abrazara a toda la tierra, de un amor que llegaría al corazón del Universo, podía parecer que yo especulaba sobre una utopía. Pero no hacía otra cosa en realidad que desarrollar las potencialidades contenidas en la realidad del acto cristiano. En la simplicidad concreta de su adoración, el feligrés percibe y ejecuta todo lo que yo parecía soñar.

Bajo el signo de esta coincidencia, y por la porción más crítica y positivista de mi ser, comienzo a pensar que el fenómeno cristiano podría muy bien ser lo que él pretende representar —aquello, por lo demás, a que aspira, en prueba final de su verdad, toda teoría de un Universo Personal: la reflexión de la Conciencia Suprema sobre las conciencias elementales que ella reúne—, *una Revelación.*

Pekín, 4 de mayo de 1936.